Confieso que he follado

Aurelio Plieza

Calipigia

Erotismo, sí,
pero inteligente

www.calipigia.es

calipigia_ed
editorial_calipigia

Confieso que he follado.
Memorias de un diletante del sexo
Autor: Aurelio Plieza
Páginas: 300
Publicación: 15/06/2025
ISBN: 978-84-129865-1-8
Tapa blanda: 14,99 €
Libro electrónico: 4,99 € disponible en Amazon
Editorial Calipigia
www.calipigia.es

Índice

Adolescencia efervescente 5
Aprendiendo latín 23
Romance rural 35
Fraternidad 47
El amor 59
Pasando página 75
Vida universitaria 91
La belleza del cuerpo 107
Estudio de anatomía al aire libre 123
Lecciones de lingüística 135
Asomado al espejo burlesco 155
Se mira, pero no se toca 183
Línea caliente 205
Generosidad 223
Lo que pasa en AZCA se queda en AZCA 237
Una novia formal 247
Tercero en concordia 265
Sentando la cabeza 279
Corrección de estilo 285

Adolescencia efervescente

Siempre he sido un gran lector y, desde pequeño, los libros fueron una de mis principales aficiones, aunque nunca me había decidido a pasarme al otro lado. Quizá la idea siempre estuvo ahí, latente, porque cuando por las circunstancias de la vida me encontré en el paro a mis casi sesenta años y fui consciente de que probablemente eso suponía ya el final de mi vida laboral, lo primero que hice fue apuntarme a un taller literario en la biblioteca de mi barrio, de la que era asiduo. Siempre había visto los carteles del taller cuando iba a por mi dosis semanal de lectura, pero nunca había pensado en inscribirme. ¿Qué tenía yo que contar? Pero esta vez sí lo hice.

En la primera sesión, empecé a arrepentirme al ver que quizá yo era el más joven de los alumnos, pues la mayoría eran mujeres jubiladas que seguramente igual se apuntaban a un curso de escritura que a cualquier otro con el fin de pasar algunas tardes entretenidas. Sin embargo, cuando llegó la profesora, decidí que debía darle una oportunidad.

Era una mujer cercana a los cincuenta que se movía con seguridad, sabiendo que, a pesar de no ser joven, aún recibía inmediatamente todas las miradas cuando entraba en algún sitio. De cuerpo generoso, estaba claro que, con intención de destacar sus curvas, había elegido con cuidado su atuendo: unos pantalones vaqueros ajustados y una camisa negra con escote abierto que dejaba ver pródigamente el inicio de su pecho, de considerable volumen. Su cabello oscuro, peinado en una media melena con tendencia al rizo, contrastaba con el color claro de su piel, que la capa de maquillaje no ocultaba, sino que precisamente resaltaba, quizá también por el color rojo suave de sus labios pintados. Llamaron mi atención también sus densas pestañas negras y sus marrones ojos vivos y alegres cuando, al cruzarse nuestras miradas, sonrió.

Natalia, que así se llamaba, nos explicó que para comenzar a escribir debíamos encontrar el hilo que definiera nuestra existencia y tirar de él.

—¿Qué hilo? —pregunté yo.

—Pues cada uno tiene su propio hilo, aquello que lo define más como persona. Por ejemplo, para la próxima sesión os propongo escribir una pequeña autobiografía. No tiene por qué ser auténtica, sino que debéis escribir desde un yo para contar una historia, una historia que precisamente esté marcada por ese tema que os define. En algunos ese tema puede ser el amor de una madre, en otros puede ser el mundo laboral, o, a lo mejor, en alguno es la afición al fútbol. Cada uno tiene algo que lo hace moverse, lo hace levantarse por las mañanas. Ese es vuestro hilo, el hilo del que debéis tirar para escribir este primer ejercicio.

Cuando acabó la clase y los demás se iban marchando, aproveché para acercarme a ella, que recogía sus libros y papeles.

—Tengo un problema, profesora —le dije.

—Cuéntame. —Dejó sus cosas sobre la mesa, apoyó las nalgas en ella y me miró a los ojos como si tuviera todo el tiempo del mundo para atenderme.

—He estado pensando en lo que has dicho, lo del hilo y lo de ese tema que nos define, y creo que mi problema es que, si algo me define, si hay un hilo que recorre mi vida y es lo que me apasiona y lo que me ha movido cada día a levantarme de la cama y, más bien, muchas veces a meterme en ella, es... —Hice una pausa y ella me miraba con atención—. Bueno, creo que en realidad es el sexo.

Sonrió.

—Bueno, me alegra que lo tengas tan claro. Muchos escritores se pasan años hasta que descubren ese hilo y tú lo has encontrado en unos minutos. Eso está muy bien.

—Sí, pero ¿puedo escribir sobre sexo? —E hice un gesto para volverme hacia mis compañeros, que estaban ya en el pasillo, para evidenciar que quizá no era el mejor público para ese tipo de literatura.

La profesora se rio ante mi gesto y tocándome el brazo me contestó:

—Claro que sí. El sexo es vida. ¿Por qué no ibas a poder escribir sobre él? Si el hilo que tira de ti es el sexo, escribe sobre sexo. Lo único, si te parece, como el próximo día cada uno leerá ante todos lo que haya escrito, mándamelo para que pueda leerlo antes de la clase.

Arrancó una hoja de su libreta y escribió en ella su dirección de correo electrónico. Mientras lo hacía, incli-

nada sobre la mesa, no pude evitar avanzar un poco más con la mirada en la hondura de su escote.

Me dio la hoja y abrazó contra su pecho los libros y carpetas y, sonriéndome de nuevo, se despidió. Yo me entretuve fingiendo guardar la hoja entre mis papeles, pero con la única intención de observar con calma su culo mientras se alejaba, pues aún no lo había podido apreciar, aunque había intuido su atractivo por sus amplias caderas. Y, efectivamente, el pantalón vaquero moldeaba perfectamente el volumen importante que ya se preveía de frente.

Al llegar a casa, encendí el ordenador y me dije: ¿por qué no? Voy a tirar del hilo. Y me dispuse a escribir, aunque no tenía muy claro por dónde empezar.

No sé bien cuándo fue mi despertar sexual, quiero decir, cuándo empecé a interesarme por el sexo. Supongo que lo primero fue descubrir el placer de mi propio cuerpo. Recuerdo que la primera vez que me masturbé debía de tener nueve o diez años. Y no fue en la intimidad, sino con compañeros del colegio. Uno de ellos nos enseñó a hacerlo una tarde en su casa. Por supuesto que yo ya me había tocado, pero lo que es masturbarme como tal no lo había hecho. Lo hicimos en el baño de su casa, con los pantalones bajados y moviéndonos de un lado a otro. Así lo recuerdo, moviéndonos como si bailáramos a la vez que nos masturbábamos. El caso es que aquello daba gustirrinín, como decía él, pero no había un final feliz. Simplemente en un momento dado nos cansamos y lo dejamos. Pero desde ese día, por supuesto, lo repetí a menudo.

No sé si eso fue antes o después de que empezáramos a fijarnos en las chicas, pero sin duda debió de ser en tor-

no a la misma época. Entonces lo más habitual es que los chicos fuéramos a un colegio solo de chicos, por lo que no teníamos el contacto con el otro sexo que tienen hoy día los chavales, lo cual quizá explica muchas cosas de cómo crecimos. Mirábamos a las chicas desde lejos, pero desde luego las mirábamos. Y mirábamos especialmente a las mayores, a las que ya se les marcaba la curva de las tetas, y también a las mujeres, a todas, a las que nos cruzábamos por la calle, a las profesoras, a las madres de nuestros compañeros y, sobre todo, a las hermanas.

Y precisamente, mi hermana, apenas dos años mayor que yo, era el cuerpo femenino que tenía más cerca y el que en la intimidad de nuestra casa a veces podía ver con menos ropa. Y, poco a poco, cuando empecé a despertar a la sexualidad, no podía evitar que eso me excitara, aunque en realidad al principio no lo comprendiera del todo y fuera más curiosidad que propiamente deseo.

De pequeños, mi hermana y yo no nos llevábamos especialmente bien. Entre nosotros existía la típica rivalidad entre hermanos y no era infrecuente que a menudo llegáramos a las manos o, mejor dicho, que ella me diera alguna tunda, me tirara del pelo o me pellizcara. Cuando en una pelea me tiraba al suelo y se subía sobre mí, yo tenía una erección sin saber bien por qué. Pero con el tiempo, según ambos crecíamos, empecé a comprenderlo y a interesarme por su cuerpo, lo que me llevó a intentar verla desnuda siempre que podía.

Eso empezó a suceder cuando yo tenía unos once años y ella trece y ya su busto se estaba desarrollando. Ese proceso en el que de alguna forma lo vi crecer fue para mí especialmente interesante. Pero cuando su cuerpo terminó de redondear todas sus formas y alcanzó la plenitud, a

los quince años, y yo a mis trece empezaba la adolescencia, las hormonas me tenían siempre atento a cualquier oportunidad de ver aquellas tetas que me fascinaban. No desaprovechaba la mínima ocasión de asomarme a su escote o de mirar a través de las mangas de su camiseta cuando en casa estaba vestida de forma cómoda y sin sujetador. Así fue como conseguí muchas veces alcanzar a ver sus pezones con un terremoto en mi corazón, pues si vislumbrar la masa redonda de su seno ya era estupendo, deslizar los ojos más allá hasta acabar en el botón oscuro que los remataba era el objetivo principal. Por supuesto, aunque yo disimulaba, ella a menudo se daba cuenta y me llamaba cerdo, haciéndose ostensiblemente la ofendida, y se quejaba a nuestros padres o directamente me daba un buen bofetón o uno de sus temibles pellizcos. Pero también sé que, durante aquellos años, hubo algunos periodos en los que le gustaba sentirse mirada y a menudo me facilitaba ocasiones para verla o al menos no se esforzaba demasiado en evitarlo. Fue la época en la que, sin duda, ella disfrutaba tanto de ser vista como yo de verla, pues a la toma de consciencia del valor de su propio cuerpo le pesaba a la vez la prohibición de poder mostrarlo y disfrutar así de sentirse admirada.

No me conformaba con mirarla por los resquicios de su ropa, sino que mi obsesión era verla completamente desnuda y a menudo, cuando sospechaba que se estaba desvistiendo, iba sigiloso hasta su puerta y la abría despacito, confiando en que estuviera de espaldas y que antes de que me descubriera me diera tiempo a atisbar su cuerpo desnudo. Casi siempre eso acababa con ella gritándome y persiguiéndome por la casa hasta que me

agarraba y me daba una buena paliza, pero también es verdad que valía la pena, porque alguna de esas veces tenía ocasión de ver sus pechos reflejados en el espejo si estaba de espaldas a la puerta, o bien podía verlos un instante antes de que se tapara cuando al abrir la puerta me la encontraba de frente.

Recuerdo una vez en que mi madre me pidió que fuera a avisarla para cenar y abrí su puerta sin llamar. Se acababa de quitar el sujetador, pues venía de la calle y se estaba cambiando, y al verme se llevó las manos a las tetas para tapárselas. Yo me quedé en el umbral con la puerta abierta y ella inmóvil frente a mí un segundo. Me impresionó mucho aquella imagen en la que sus pechos desbordaban las palmas de sus manos y en la que entre los dedos se vislumbraban fragmentos oscuros de la areola e incluso vi o imaginé la punta de uno de los pezones. Ella se quedó así quieta un instante, sin decir nada, y solo al cabo de uno o dos segundos, que me parecieron minutos, se dio la vuelta para coger la camiseta que había dejado sobre la cama y taparse. Acto seguido se abalanzó a cerrar la puerta con intención de darme con ella en la cara, aunque yo fui más rápido y hui a tiempo.

Momentos como ese fueron habituales en esos años en los que la curiosidad y el interés por el cuerpo femenino crecían en mí cada vez más. Entonces no existía como años después fácil acceso a imágenes de mujeres desnudas, por lo que cualquiera de esos atisbos suponía mucho para los chavales que queríamos aprender todo lo que ignorábamos de lo que tanto nos atraía.

Una tarde en que mis padres no estaban y vinieron sus amigas, yo las oía desde mi habitación, contigua a la

suya, y sabía que estaban probándose ropa. La tentación era muy fuerte. No solo tenía la posibilidad de ver a mi hermana, sino que podía ver también a dos de sus amigas a las que yo ya había desnudado infinidad de veces en mi imaginación mientras me masturbaba bajo la sábana con el pene metido dentro de un calcetín. Así que puse en marcha mi estratagema habitual. Esperé tras la puerta hasta que oí que se reían de forma escandalosa y aproveché para girar el picaporte y abrir la puerta apenas una rendija para asomarme. Con las risas no oyeron el ruido de la puerta que, de todas formas, abrí con extremado cuidado. Por el mínimo resquicio conseguí vislumbrar el interior de la habitación y, aunque yo ya me imaginaba encontrarme a las tres completamente desnudas luciendo sus cuerpos frente al espejo y moviéndose lascivamente, lo que me encontré tampoco estaba del todo mal. Las tres estaban en ropa interior, así que disfruté de ver cómo se escapaban los cachetes de la tela de sus bragas y cómo los pechos asomaban ligeramente por encima del sostén. No fue más que seguramente un par de segundos lo que pude disfrutar del espectáculo porque en seguida me descubrieron. Anonadado como estaba con aquella visión no tuve los suficientes reflejos para huir, como hacía siempre, así que Susana, una de las amigas de mi hermana, abrió la puerta de golpe y me agarró de la muñeca.

—Mira el guarro de tu hermano espiándonos.

Mi hermana se puso como una fiera y fue a darme un buen tortazo, pero Carmen, su otra amiga, lo impidió interponiéndose entre los dos. A Carmen parecía divertirle mucho haberme pillado infraganti.

—Eres un cerdito —me decía Carmen, con una mirada de burla.

Carmen fue mi primer amor platónico, pues fue la primera de las amigas de mi hermana que llamó mi atención infantil ya muchos años antes. Era más alta que mi hermana, con un cabello largo y rubio que siempre llevaba liso y peinado. Era muy simpática y siempre tenía una sonrisa en la cara, que era muy bonita, con una mezcla de dulzura y picardía a la vez. Pero lo que siempre llamó más mi atención fue su pecho, que, cuando todavía era prácticamente una niña, ya era voluminoso y firme. Siempre me tomaba el pelo cuando venía a casa o cuando me veía a la salida del colegio o por el barrio y a veces, sobre todo cuando era más pequeño, me alborotaba el pelo o me cogía de la barbilla y me decía con tono burlón esas frases que se dicen a los bebés, como «pero qué mono que es» o cosas similares.

Aunque estaba un poco asustado, no perdí ocasión de recorrer sus cuerpos con la mirada, aprovechando que seguían en ropa interior cuando me metieron en la habitación y cerraron la puerta para que no escapara. A mi lado estaba Susana, que me sujetaba aún por la muñeca, y, frente a mí, Carmen, riéndose y llamándome cerdito. Media areola de sus enormes tetas asomaba por la tela del sujetador y podía ver que estaba cuajada de pequeñas protuberancias como granitos. Pero lo peor es que los pezones se marcaban claramente clavándose en la tela, y, aunque no se veían, se distinguía su volumen modelado por el fino tejido del sujetador que los oprimía. La piel de los pechos que desbordaban el sostén era muy blanca, casi translúcida, y ver aquella forma redondeada me

excitó muchísimo, de manera que no sabía si el ritmo acelerado de mi corazón se debía a haber sido atrapado y al daño que Susana me hacía en la muñeca mientras intentaba soltarme o a la visión de aquellos cuerpos. A Susana, cuyo perfume podía oler, pues estaba pegada a mí intentando que no escapara, podía verle con toda claridad la areola oscura y el pezón a través de la sutil tela del sujetador. Me movía bruscamente para intentar soltarme, pero también lo hacía para evitar que se diera cuenta de mis miradas, pues no podía perder la oportunidad de ver aquellas tetas que se vislumbraban prácticamente desnudas a través de la ligera transparencia del encaje.

Estaba atemorizado por los gritos de mi hermana y por las bromas de Carmen y también dolorido porque Susana me apretaba con mucha fuerza las dos muñecas, pues había agarrado también mi otro brazo para evitar que usara la mano libre para soltarme de ella. Pero, a la misma vez, nunca había estado tan cerca de tres chicas semidesnudas, así que, aunque intentaba desembarazarme de Susana, en realidad no quería que ese momento acabara y no podía evitar excitarme ante aquel maravilloso espectáculo. Me resistía a bajar la mirada para ver la parte inferior de sus cuerpos porque temía que si se daban cuenta se enfadaran más, pero era una tentación muy fuerte y, moviéndome como una serpiente que intentara liberarse, giraba el cuello en extraños escorzos de forma que entreveía a veces un instante la sombra oscura del vello bajo la tela de las bragas de Susana.

—Suéltale —pidió Carmen—, que le estás haciendo daño.

Susana me soltó, pero se colocó delante de la puerta cerrada, de forma que no podía escapar, aunque lo intenté.

—Así que te gusta mirar a las chicas desnudas, ¿eh?, pervertido —decía Carmen—. Pues ahora te toca a ti.

Las tres se empezaron a reír, incluso mi hermana, que al principio estaba muy enfadada y un poco avergonzada, pero, al ver que sus amigas se lo tomaban a broma y se reían, empezó también a verle el lado divertido y, sobre todo, empezó a ver la forma de castigarme y humillarme, algo que siempre disfrutaba.

Yo no entendía nada, pero Susana me empujó al centro de la habitación y me ordenó:

—Venga, a despelotarse.

Yo estaba a punto de llorar y, por supuesto, me daba vergüenza desnudarme, así que no quería hacerlo, pero mi hermana me dio otro empujón a la vez que me pellizcaba en el brazo con esa forma suya tan eficaz de hacerme mucho daño con un gesto tan pequeño, y me dijo:

—Venga, quítatelo todo y quédate en pelotas, que ahora nos vamos a reír nosotras.

Querían humillarme un poco y avergonzarme. Reírse de mí. Me quité la camiseta dejando mi pecho descubierto, mientras ellas hacían ruidos y bromas como si estuvieran en un local de estriptis, intercambiando gestos burlones. Después me quité los pantalones y me quedé en calzoncillos. Pensé que con eso bastaría y me dejarían marchar, así que me encaminé hacia la puerta, pero Susana se interpuso de nuevo y me paró poniendo su mano sobre mi pecho desnudo.

—De eso nada, monada. Hay que quitárselo todo.

—¡Yo no os visto desnudas, estáis en bragas y sujetador! Así estamos en paz —me defendí, al borde del llanto, pensando que mi lógica era impecable.

—¿En paz? ¿Qué te crees, que somos iguales? ¡Que te quites el calzoncillo, cerdito! —me gritó Carmen.

No sé si por sentir la palma de la mano de Susana caliente sobre mi pecho o porque tenía a tres chicas en ropa interior alrededor de mí, el caso es que noté que mi pene crecía dentro del calzoncillo. No quería quitármelo, pero ellas iban en serio, así que me di la vuelta para ponerme de cara al armario, la única parte de la habitación en la que no estaba ninguna de ellas, y, dándoles así la espalda, me bajé el calzoncillo y les dejé ver mi culo. Comenzaron a reírse y a bromear sobre lo pequeño que era y lo blanco que estaba.

Entonces Carmen me agarró del hombro y me hizo darme la vuelta. Imagino que ellas esperaban ver el pito de un niño, arrugado y escondido por el miedo, de lo que también se burlarían, pero cuando me giré se encontraron con mi miembro erecto. Por supuesto no era muy grande, pero apuntaba decidido hacia ellas. Vi que Susana se llevaba divertida la mano a la boca en un gesto de sorpresa. Mi hermana puso cara de asco y Carmen, que aún me sujetaba por el hombro, me miraba con su sonrisa burlona, pero a la vez con cierto interés, en un gesto de estar calibrando lo que veía. Supongo que el contacto de la mano de Carmen y la situación hizo que la excitación fuera en aumento. Además, el busto de Carmen estaba muy cerca de mi cara y veía las venitas azules en la piel suave y fina que asomaba por el sostén. No fueron más de unos pocos segundos en los que estu-

ve así desnudo con las miradas de tres chicas sobre mis genitales. Entonces sucedió, mi pene tomó la iniciativa y, sin contacto alguno, comencé a eyacular, no como cuando me masturbaba, sino simplemente tuve una sensación parecida a comenzar a orinar mezclado con un ligero orgasmo, y un esperma transparente comenzó a caer de mi pene, sin fuerza. El extraño placer de ese orgasmo creo que nunca lo olvidaré; fue una sensación nueva, totalmente diferente a lo que había sentido en otras ocasiones.

Mi hermana pegó un grito y comenzó a empujarme fuera de la habitación mientras sus amigas seguían riéndose.

—¡Qué asco! Vete de aquí, cerdo asqueroso.

Me echó de la habitación desnudo como estaba y cerró la puerta. Por suerte, mis padres no estaban en casa. Oí todavía las risas de Susana y Carmen y el comentario de esta última, que decía entre risas: «joder con el niño». Y al cabo de unos segundos mi hermana volvió a abrir. Me vio allí desnudo todavía un poco aturdido y tiró mi ropa al suelo del pasillo.

—Eres un cerdo —me gritó, pero mientras volvía a cerrar la puerta me pareció que sonría.

Al recoger mi ropa me di cuenta de que mi camiseta estaba húmeda. Sin duda mi hermana la había usado para limpiar el suelo de su habitación, que yo había manchado.

Desde aquel día, yo solo quería volver a sentir aquella sensación. Por supuesto, me masturbé muchas veces recordando la escena e inventando variaciones en las que acababa penetrando a Carmen y a Susana. No dejaba de

recordar sus cuerpos, pero, aunque era placentero, no conseguía revivir esa sensación. El orgasmo que había sentido esa tarde había sido muy diferente. Una sensación totalmente nueva. Empecé entonces a sorprender a mi hermana de otra forma, ahora en vez de abrir la puerta para verla a ella, lo que hacía era entrar de repente en su habitación y bajarme los pantalones para enseñarle mi erección.

—Pili, ¿quieres ver mi *pili-la*?

Por supuesto, ella salía corriendo detrás de mí para darme una tunda llamándome guarro y, si me pillaba, la cosa acababa siempre mal. No conseguía nunca revivir esa sensación, tan solo se acercaban un poco la adrenalina del momento previo a abrir la puerta y bajarme los pantalones y el instante en que estaba frente a ella sujetándome el pene. Lo intenté alguna vez cuando volvían sus amigas, pero como mi hermana ya se esperaba algo así, atrancaba la puerta cuando ellas estaban y, cuando se iban a ir, si mis padres no estaban en casa, salía ella primero y se aseguraba de arrinconarme en el comedor, cerraba la puerta y sujetaba el picaporte mientras sus amigas se iban entre risas.

—Adiós, pervertido —me gritaba Carmen a través de la puerta—. ¿Te vas a hacer ahora una paja pensando en nosotras?

Una noche, me levanté en calzoncillos a hacer pis. Vi que había luz bajo la puerta de mi hermana. Empecé a pensar qué haría a esas horas y me la imaginé desnuda sobre la cama metiéndose mano ella misma. Me acerqué a su puerta y puse el oído sobre ella, pero no se escuchaba nada. Pensé que esta vez no empezaría a chillar para

no despertar a mis padres, así que abrí su puerta despacito como siempre y me asomé a través de una leve rendija. No estaba desnuda ni masturbándose, sino tumbada en la cama bocabajo escribiendo en su diario, pero tenía solo una camiseta que no llegaba a cubrir su culo. Las bragas dejaban al descubierto gran parte de sus nalgas. No se dio cuenta de que había abierto la puerta —me había convertido en un experto en hacerlo con extremo sigilo— y me quedé mirando un buen rato aquellos cachetes que se asomaban escapando de la tela. Noté que mi pene crecía y quería escapar del calzoncillo que lo aprisionaba y no lo dudé. Entré en la habitación y me bajé el calzoncillo, acogiendo aquella erección entre las manos.

—Pili, ¿mira lo que tengo? —dije en voz baja.

Se sobresaltó y me miró con cara de asco. Yo estaba junto a la puerta con los reflejos preparados para salir corriendo en cuanto ella hiciera ademán de levantarse. Pero no se levantó. Me seguía mirando con repugnancia, pero noté en su mirada como si pensara en algo, como si en realidad estuviera viendo algo más allá de mí.

—Ven aquí, guarro —susurró bajito.

Por supuesto, yo pensé que quería que me acercara para agarrarme y darme una tunda, así que no lo hice y estaba preparado para escapar. Pero a la misma vez, el hecho de que no me hubiera hecho correr de inmediato alargó el momento e hizo que sintiera de forma más intensa la adrenalina y la excitación de estar desnudo frente a ella y que me mirara, así que seguí allí disfrutando de ese instante, intentando que durara lo más posible.

—¡Que vengas! —me gritó con la voz ahogada.

No sé por qué, quizá porque el tono de su voz, aunque autoritario y molesto, no sonaba agresivo, me adelanté un poco más. Ya casi notaba el tortazo y aun así me acerqué, un poco hipnotizado. Seguía empalmado y la sensación previa al orgasmo que había sentido aquella tarde con sus amigas comenzaba a subirme hacia el pecho.

—Ven más. ¡Aquí! —me ordenó señalando justo delante de ella.

Me acerqué. Ella se incorporó un poco en la cama y me dio un golpe en el brazo.

—Quita la mano, anda.

Solté entonces el pene, que quedó erecto en el aire balanceándose un instante. Ella lo miró con cara de asco como si estuviera intentando encontrar algo en él. Yo sentía el corazón latiéndome con fuerza. Tener a mi hermana tan cerca mirándome el miembro me estaba excitando muchísimo. De pronto, acercó más la cara, sacó la lengua y la pasó ligeramente por debajo de mi glande. Se apartó con repugnancia. Yo sentí un placer intenso ante su lengua y resistí el envite que me crecía desde la base del falo. Repitió de nuevo, pero esta vez la lengua se paseó un instante por encima del glande. Su cara mostró la misma repugnancia. Se quedó un momento mirándolo y, finalmente, con el gesto de quien tuviera que tomarse una medicina asquerosa, acercó su boca y rodeó mi pene con sus labios. Esa sensación tampoco la he olvidado nunca. Sentir el calor y la humedad de sus labios sobre mi pene fue maravilloso. Comenzó a mover la boca introduciéndoselo más para después sacarlo un poco, pero siempre dejando al menos la punta dentro de su boca,

donde chocaba con su lengua húmeda y caliente. Yo no pude resistir más de un par de esos movimientos y pronto mi cuerpo empezó a temblar. Ella debió de notar que iba a eyacular y alejó su boca rápidamente. Y, esta vez sí, mi esperma fluyó con fuerza y fue a manchar su camiseta justo a la altura del pecho izquierdo, encima del bulto del pezón. Pilar sintió el calor de mi esperma en su piel a través de la camiseta y gritó «qué asco» a la vez que rápidamente se la quitó y la tiró al suelo hecha un gurruño.

Quedaron sus tetas al aire, que, con el movimiento brusco de su cuerpo, se mecieron un instante. Yo ya se las había visto fugazmente alguna vez, pero nunca tan cerca ni tan directamente. Sin duda le habían crecido bastante, porque me sorprendió el tamaño que tenían. Eran redondas y sonrosadas con un pequeño pezón marrón rodeado de una areola grande que ocupaba casi todo el frontal del pecho, de un rosa ligeramente más oscuro que el resto de su piel. Me quedé mirándolas a la vez que seguía sintiendo los últimos estertores de mi eyaculación. Ella se incorporó un poco más y se tapó con la colcha.

—Vete de aquí, so cerdo. Eres un guarro. Mañana le voy a contar a mamá que te la vas meneando por toda la casa como un perro. ¡Que te vayas! —Y me empujó.

Yo me subí el calzoncillo y salí de la habitación un poco aturdido. ¿Por qué había hecho eso mi hermana?

No lo supe hasta algunas semanas después, cuando até algunos cabos. No sabía entonces que estaba saliendo con un chico desde hacía tiempo, pues no quería que lo supieran mis padres. Iban al cine, por lo que supuse que allí se metían mano, como todas las parejas. Pero él

debía de insistirle en que le hiciera una mamada y ella se resistía. Le daba asco y no estaba segura de que aguantara. No quería hacerlo por si le daban arcadas o no sabía hacerlo bien y él quedara defraudado y ella como una tonta. En aquellas edades, y en aquella época, quedar como tonta o inexperta no era nunca la primera opción. Así que cuando esa noche entré en su habitación y vio mi pene pensó que era una buena forma de probar y practicar; ver si le daba tanto asco como pensaba, para así estar preparada cuando se lo hiciera a su novio. Así que me usó de conejillo de indias, pero creo que no hubo nunca un conejillo de indias más feliz.

Pero después de aquello mi hermana tomó precauciones para que nunca más la sorprendiera. Pidió a mis padres un cerrojo para su habitación y durante unas semanas estuvo muy antipática y fría conmigo. Luego la cosa se fue olvidando y nunca hablamos del tema. Supongo que lo dejó en ese rincón de la memoria en el que se guardan las cosas que se prefiere no recuperar, aquello que no sabemos por qué lo hicimos y que al recordarlo pensamos: tierra trágame. Yo en cambio lo recordaba muy bien... y muy a menudo.

Un placer entre amigas

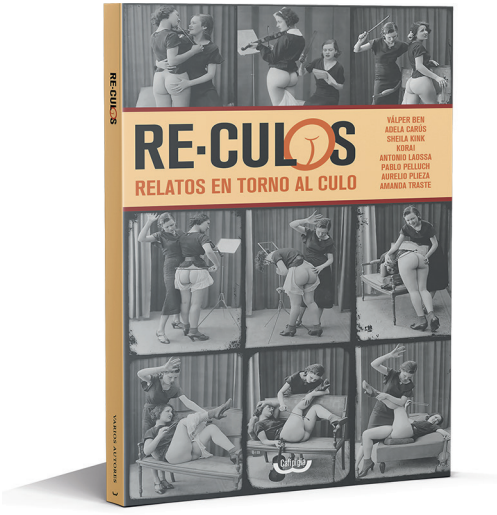
Válper Ben

Un placer entre amigas
Válper Ben
Páginas: 176
Publicación: 14/03/2024
Tapa blanda: 9,99 €
Ebook: 2,99 €
Disponible en Amazon y en
www.calipigia.es

JULIA y Lucía se hacen amigas el día que son despedidas de la empresa en la que trabajan. A pesar de la diferencia de edad, congenian muy bien y poco a poco Julia se va contagiando de la vitalidad y desinhibición de su amiga. La amistad con alguien más joven que derrocha vitalidad sin frenos despierta en Julia las ganas de experimentar en el sexo —lo que su marido agradece—, pero poco a poco empieza a sospechar que las nuevas experiencias y fantasías nacen en realidad de la atracción que siente hacia su amiga. ¿Se está enamorando de Lucía o es simplemente deseo? ¿Siente deseos hacia otras mujeres o solo hacia ella? Mientras intenta responder a estas preguntas y se resiste a aceptar algunas respuestas no deja de explorar su sexualidad y disfrutar de una bonita amistad.

RE-CULOS

RELATOS EN TORNO AL CULO



Autores: Válper Ben, Adela Carús, Sheila Kink, Korai, Antonio Laossa, Pablo Pelluch, Aurelio Plieza, Amanda Traste
Páginas: 100
Publicación: 14/02/2025
ISBN: 978-84-129865-0-1
Tapa blanda: 9,99 €
Ebook: 2,99 €
Disponible en Amazon y en www.calipigia.es

Lo llamamos pompis o pandero si atendemos a su forma y tamaño; posaderas si nos fijamos en sus funciones; y trasero por el lugar que ocupa en nuestro cuerpo. Sea por su forma, su función o posición, el culo, a menudo considerado la parte más ínfima y baja del ser humano, nos atrae. Desconfía de quien no te mire a los ojos cuando le hablas, ni el culo cuando te vas, porque si la cara es el espejo del alma, el culo es su azogue. Por eso te ofrecemos en estas páginas ocho culos espléndidos a modo de espejo, si no para verte mejor, al menos para pasar un buen rato.

www.calipigia.es